

# MEGAN MAXWELL BIENVENIDA AL CLUB

Cabronas sin Fronteras



*Bienvenida al club  
Cabronas sin Fronteras*

Megan Maxwell

Esencia/Planeta

© Megan Maxwell, 2019  
© Editorial Planeta, S. A., 2019  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
www.esenciaeditorial.com  
www.planetadelibros.com

© Imagen de la cubierta: Syda Productions / Shutterstock  
© Fotografía de la autora: Nines Mínguez

Primera edición: junio de 2019  
ISBN: 978-84-08-21080-1  
Depósito legal: B. 10.879-2019  
Composición: Realización Planeta  
Impresión y encuadernación: Rodesa  
*Printed in Spain* - Impreso en España

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia. El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El día amaneció horroroso...

El día era lluvioso...

El día era raro...

Diluvaba que daba gusto, y la boda de Venecia y Jesús era todo un hecho.

Habían comenzado a salir con diecisiete años, un amor adolescente que fue madurando con el paso del tiempo, y ahora, veinte años después, por fin se habían decidido a dar el gran paso y a unir sus destinos para siempre.

En el coche, que conducía Pedro, viajaban Venecia y Fernando, su padre. La novia observaba por la ventanilla y admiraba como siempre el Madrid de los Austrias, a pesar de la incesante lluvia de enero.

¡Qué precioso era Madrid!

Por la radio comenzó a sonar una canción y ella le pidió a Pedro que subiera el volumen.

Dos segundos después, la melodía de *Lo nuestro* inundó el coche.

—Qué bien canta este muchacho... —comentó Fernando—.  
¿Cómo se llamaba?

—Pablo Alborán.

Él asintió y Venecia sonrió.

Ver a su padre centrado y feliz aquella mañana, a pesar de su enfermedad, le resultaba increíble.

Con disimulo, metió la mano dentro del bolsillo de su pomposo vestido de novia y sacó su móvil, que vibraba. Un wasap. Al ver que era de su madre, lo abrió:

¿Todo en orden?

Venecia miró a su padre. Por desgracia, la demencia vascular que padecía lo estaba haciendo perder el control y provocando que olvidara.

El médico les había desaconsejado que actuara como padrino en la boda, puesto que su estado podía variar de un momento a otro, pero Venecia se había negado. ¿Cómo no darle ese gusto a su padre, cuando se casaba por él?

Y, con disimulo, tecleó:

Tranquila, mamá. Todo bien.

Con el móvil en la mano, envió el mensaje y luego éste se apagó.

Como necesitaba ver la foto que tenía de fondo de pantalla, encendió de nuevo el iPhone y contempló la imagen de ella, Jesús y *Traviata*, sonriendo en la playa de Conil.

Jesús. Su chico. Su cómplice. Su novio. Su mejor amigo y el hombre con el que iba a casarse.

Jesús. El niño que había conocido siendo ella una niña también. Juntos se habían convertido en hombre y mujer.

Jesús... El cabronazo de Jesús...

Tras quince segundos, la pantalla del iPhone se apagó de nuevo y un escalofrío le recorrió el cuerpo, cuando sus labios murmuraron siguiendo la canción que sonaba en la radio: «... fuimos todo y más».

¡«Fuimos»..., en pasado!

¿Qué debía hacer?

¿Debía dejarse llevar por el corazón?

Venecia se tocó su precioso moño italiano y cerró los ojos. Ella no era como su padre y su hermano, que decidían las cosas en dos

segundos, con celeridad. Ella lo meditaba todo muy bien antes de hacerlo, con sus pros y sus contras y, si había llegado a ese momento, si estaba vestida de novia y estaba sentada en ese coche, era porque así debía ser. Su boda era inevitable.

Como si el móvil le quemara en la mano, lo volvió a encender para mirar de nuevo la foto, pero pasados unos segundos sintió la necesidad de ponerse en contacto con sus amigas. Tenía que hablar con ellas. Y, abriendo WhatsApp, buscó el grupo llamado «Las más mejores», y entonces oyó a su padre protestar:

—Pero, hija, ¿mirando... *eso* el día de tu boda?

«*Eso...*» Esa palabra significaba que Fernando había olvidado que se llamaba *teléfono*.

Venecia se apresuró a bloquear la pantalla.

Pero ¿qué estaba haciendo?

Sin dudarle, lo volvió a guardar en el bolsillo de su bonito vestido de Rosa Clará y, suspirando, afirmó tocándose su perfecto moño:

—Tienes razón..., lo deajo.

Padre e hija se miraron, entre ambos existía una unión muy especial, y él sonriendo comentó:

—Como dice el refrán, «boda lluviosa, novia dichosa».

Oír eso la hizo sonreír, aunque, para ser sincera, era lo último que le apetecía, y al ver a su padre pasarse un pañuelo por la frente preguntó:

—¿Te encuentras bien, papá?

Fernando asintió y, despacito, respondió:

—Sí, hija. Estoy... estoy bien. Nervioso..., pero bien.

Por desgracia, tras varios microinfartos que le habían afectado al habla y a la concentración, Fernando había sido diagnosticado por su neurólogo de demencia vascular, una enfermedad parecida al alzhéimer, pero que avanzaba con mayor rapidez. Saber aquello provocó que se adelantara la boda, pues Venecia quería que su padre viviera aquel día tan ansiado para él.

Fernando era un luchador, un guerrero y, a pesar de saber que la batalla la tenía perdida porque su cuerpo deteriorado le fallaba,

hacía todo lo humanamente posible para seguir adelante, a pesar de sus cambios de humor, sus olvidos o su desorientación.

Estaba muy orgulloso de su hija, de su niña, y, cogiéndole las manos, declaró despacio:

—No voy a permitir que esta... esta maldita enfermedad me... me prive de verte casada y feliz. Por Dios, ¡veinte años!, han tenido que pasar veinte años para ver este momento.

Venecia asintió con cierto resquemor, y no sólo por la enfermedad. Y su padre, que la conocía muy bien, al ver que se rascaba tras la oreja con el dedo índice, preguntó:

—¿Nerviosa?

—Sí. —Y, dejando de rascarse, añadió—: Un poco, papá.

Fernando sonrió. Que su hija se casara era un acontecimiento muy especial para él y su mujer, llevaban demasiado tiempo esperando el gran día.

—¿Y por qué esos nervios? —insistió mirándola.

Venecia suspiró e, ignorando lo que merodeaba por su interior, miró a su padre, que, junto a su madre y sus suegros, había organizado el bodorrio del siglo, con más de cuatrocientos invitados.

—Por tonterías, papá —contestó, tratando de buscar una respuesta original—. No todos los días se casa una.

Fernando soltó una carcajada.

Estaba encantado por el enlace de su hija con Jesús, aquel muchacho al que conocían de toda la vida, tan serio, juicioso y responsable. Notario e hijo de un reputado banquero, sin duda cuidaría de su niña como ella se merecía.

—A ver, cariño. Ya sé que te habría gustado una... una boda diferente, pero...

—Papá..., no te preocupes.

Fernando meneó la cabeza. Venecia se parecía a su madre más de lo que nunca podría haber imaginado, e insistió:

—Siento que por mi... mi prisa por verte casada antes de que...

La novia dejó de escuchar mientras su padre hablaba y hablaba despacio.

Su boda ideal habría sido en verano, en la playa, y rodeada tan sólo de las personas que la querían. Pero no. En lugar de ello, se casaba rodeada de cientos de personas a las que no conocía, ataviada con un bonito vestido y llena de dudas.

Sin embargo, tenía que hacerlo por su padre. Se lo debía. Él quería ver a su hija casada antes de que la maldita enfermedad se lo impidiera.

Venecia se sintió agobiada. Se dio aire con las manos y cerró los ojos. Lo que pensaba, lo que merodeaba por su cabeza, no era bueno. No podía hacerle eso a su padre.

Sin embargo, estaba enfadada, decepcionada, incómoda y, como necesitaba hablar, murmuró:

—Papá...

—... Y luego está tu madre. Lleva sin dormir me... meses organizando con tu suegra *esto* para que todo salga como tiene que salir... ¡Ya la conoces, hija! Como esto no salga bien, terminamos en la uci con ella.

Asintió, sabía que su padre llevaba razón.

Aurora, su madre, se había dejado la vida y casi la salud en organizar aquel bodorrio. Quería estar a la altura de la familia adinerada del novio, y todo debía salir a la perfección o, sin duda, acabaría dándole un infarto.

Pero Venecia estaba terriblemente confundida.

¿Debía dejarse llevar o por el corazón?

¿Cómo iba a hacerles a sus padres lo que le estaba rondando por la cabeza?

¿Es que se había vuelto loca?

—Y... y... *esto*... es... *eso*...

Al oír esas palabras y su tono titubeante, miró a su padre y enseguida comprendió lo que ocurría. Cada vez eran más frecuentes aquellos desconcertantes momentos de pérdida de memoria y situación, y, cogiendo con delicadeza su mano, murmuró como les había enseñado Pedro:

—Papá...

Fernando miró afuera por la ventanilla. Su mirada vacía le partió el corazón a su hija, que se apresuró a llamar al chófer:



—Pedro...

Éste, que era también el cuidador de Fernando, echó un vistazo por el retrovisor.

—Tranquila, Venecia... —pidió—, tranquila...

La joven asintió.

¿Cómo su padre podía desconectar del mundo en un segundo?

¿Qué pasaba por su cabeza en esos instantes?

Y, manteniendo la calma, tal como Pedro le pedía, comenzó a tararear mirándolo a los ojos: «¿Puedes oír..., Fernando?».

Nadie sabía bien por qué, pero era oír aquella canción del grupo ABBA titulada *Fernando*, que tan especial era para su padre y que tantas veces le había contado en su infancia que su madre le cantaba, y, en sus momentos de olvido y confusión, el hombre prestaba toda su atención.

Tragando el nudo de emociones que sentía al conectar con la mirada perdida de su padre, Venecia prosiguió tarareando aquella melodía tan especial para él. En ese instante no importaba nada en el mundo excepto él. Cantó. Entonó. Repitió las estrofas, hasta que él parpadeó, se tocó el ojo y ella, dejando de cantar, dijo:

—Papá, soy Venecia, tu hija... ¿Me recuerdas?

Tras unos segundos de confusión, Fernando la miró. De nuevo había ocurrido aquello que tanto odiaba, y con los ojos llorosos afirmó:

—Me gusta cuando cantas esa canción, cariño.

Al oír eso, ella asintió emocionada y sonrió a Pedro, que los observaba por el retrovisor mientras continuaba conduciendo.

Durante unos minutos, cogidos de la mano, permanecieron callados, hasta que una moto roja de gran cilindrada los adelantó a toda velocidad y su padre gruñó al reconocerla:

—Ahí va tu hermano. Como siempre, con prisas, ¡y lloviendo! Tu... tu madre estará histérica por no tenerlo a su lado en la iglesia. ¡La madre que lo parió! Mira que le dije que hoy lo necesitábamos al cien por cien. Pero noooooo, ¡él, como siempre, a lo suyo!

Venecia sonrió. Ése era su padre, el gruñón y cascarrabias

que la hacía reír. Y el de la moto era su hermano Álex, un caso aparte.

—Papá...

—Y esta mañana tu madre me ha dicho que tu hermano vuelve a marcharse de viaje por trabajo. ¡No para..., ese chico es un culo de mal asiento!

Venecia asintió. Por su trabajo como comercial para una famosa marca de coches, Álex viajaba a menudo. Entonces, intentando que su padre dejara de protestar por su hermano, preguntó:

—¿El vuelo de tía Fiorella ha llegado ya?

Fernando la miró con cariño y le hizo un gesto con la mano. Después se sacó del bolsillo una pequeña agenda de la que no se separaba y, tras ojearla, asintió.

Tía Fiorella era la hermana de corazón de Mariella, la madre biológica de Venecia, y la mujer que en su momento la ayudó a no hundirse en el fango y a tirar para adelante.

Mariella, una guapa italiana, había sido una mujer cariñosa, independiente, trabajadora, que se crio por avatares del destino en una casa de acogida junto a Fiorella. Dos pequeñas sin hogar. Mariella era pintora. Se dedicaba a pintar retratos a los turistas frente a la basílica de San Marcos, en Venecia. Allí la conoció Fernando, en un viaje de placer que éste hizo junto a su buen amigo Carlos. Mariella se ofreció a pintarle un retrato y Fernando aceptó sin dudarle.

Durante la hora que duró el proceso del retrato, Fernando se enamoró de aquella joven italiana, que, al saber que se llamaba Fernando, comenzó a tararear la canción de ABBA. Se enamoró de su sonrisa, de sus ojos, de su manera de inclinar el cuello cada vez que lo miraba. Y, una vez acabado el retrato, la invitó a tomar un café y, a partir de ese instante, ya no se separaron.

Estuvieron juntos la semana que Fernando pasó en Italia y, cuando él regresó a España, su vida ya no fue igual. Le faltaba ella, la mujer impulsiva que lo había hecho sonreír como nadie en su vida y que lo había dejado totalmente noqueado. Por ello, decidió regresar a Venecia, donde, al encontrarla frente a la basílica de San

Marcos pintando un retrato a otro turista, se le acercó y, sin más, le pidió matrimonio. Mariella, una mujer impulsiva y enamorada, aceptó sin dudarle y volvió a cantarle su canción, *Fernando*.

Fiorella y Carlos hicieron las veces de padrinos en la boda que se celebró sin invitados en el barrio de Cannaregio, en la iglesia de Santa Maria dei Miracoli, lugar donde fue abandonada Mariella siendo un bebé y que para la italiana tenía un significado muy especial. Como ella decía, allí comenzó su vida y allí debía proseguir.

Al regresar a España, la humilde familia de Fernando puso el grito en el cielo. Su hijo se había casado con una artista italiana sin oficio ni beneficio. Pero, meses después, todos aquellos que en un principio la criticaron ya la querían. Era imposible no querer a Mariella.

Al año fueron bendecidos con la llegada al mundo de Venecia Mariella del Carmen Fiorella, una preciosa niña morena y de carácter sonriente y vivaracho como su madre. No obstante, una maldita e imprevista enfermedad cuando Venecia tenía ocho meses dejó a la pequeña huérfana de madre y a Fernando con el corazón destrozado.

Como le había prometido a Mariella, llegado el momento él trasladó su cuerpo de nuevo a Venecia, donde se ofició un funeral en el barrio de Cannaregio, en la iglesia de Santa Maria dei Miracoli. Y, como ella había pedido, su vida comenzó y acabó allí.

El regreso a España no fue fácil para Fernando. Durante meses, la soledad y la añoranza lo hicieron entrar en un bucle de autodestrucción del que se negaba a salir. Olía la ropa de Mariella. Se pasaba el día escuchando a ABBA o a Barbra Streisand y se destrozaba cuando sonaba la canción *Fernando* y recordaba a aquella mujer cantándosela llena de vida y amor.

Día a día, Fernando creyó morir mientras el corazón se le congelaba sin Mariella. Ella era la razón de su vida, de su sonrisa, de su alegría. Pero, gracias a la fuerza, al ímpetu y, por qué no, también a la locura de Fiorella, recordó que tenía una preciosa hija a la que cuidar y querer y que, por Mariella, tenía que hacerla feliz.

Cuando Venecia tenía tres años, Fernando conoció a Aurora en la boda de su amigo Carlos. Era una muchacha encantadora, hija de unos charcuteros amigos de sus padres, que con su sonrisa y su cariño le descongeló el corazón. Y, cuatro meses después, ante la sorpresa de todos, aquella joven se convirtió en su mujer.

Como siempre, Fernando se dejó llevar por el corazón. Si quería algo iba a por ello, y más al ver lo corta que podía ser la vida tras lo ocurrido a Mariella.

Aurora le dio un hijo, al que pusieron de nombre Alejandro y, lo mejor, quiso desde el primer instante con locura a Venecia. Era una buena mujer. Sentía predilección por algunas cosas banales, pero hacía felices a sus hijos y también a él, y a Fernando le valió con eso. No obstante, Mariella nunca abandonó su corazón, cosa que Aurora aceptó.

Al ver el gesto soñador de su padre al hacerlo recordar, Venecia supo en lo que pensaba y, tocando con mimo la rodilla de aquél, al que adoraba, murmuró:

—Ella está aquí con nosotros.

Fernando afirmó con la cabeza.

—Sólo me bastaron unos segundos para enamorarme y saber que quería casarme con ella —farfulló.

Venecia asintió. Últimamente, aquellos recuerdos que atesoraba su padre afloraban con más frecuencia. Y, cuando iba a contestar, él sacó un pañuelo de su bolsillo y afirmó secándose los ojos:

—Mariella no se perdería este momento por nada del mundo, cariño —y, recomponiéndose, añadió mientras miraba de nuevo su libreta—: El vuelo de Fiorella ha llegado hace treinta minutos. Pedro lo ha apuntado aquí. Ha hablado con ella y le ha contado que habían tenido problemas para aterrizar por la lluvia, pero le ha dicho que iría directa desde el aeropuerto.

Venecia sonrió. Su tía Fiorella era increíble. A sus sesenta años y tras dos divorcios sin hijos a sus espaldas, era una mujer llena de positividad y vitalidad. Con esfuerzo y ayudada por su padre, en su juventud había conseguido sacarse la carrera de periodismo y trabajaba para una gaceta importante en Nápoles.

Muchas habían sido las veces en las que Venecia había cogido un vuelo a Nápoles para estar con ella. Cuando estaba con Fiorella y respiraba su vida, su independencia y su positividad, algo en su corazón le hacía saber que así había sido también su madre. Loca. Divertida. Independiente.

Cuando iba a decir algo, Fernando cuchicheó:

—Espero que la hippie de tu tía venga vestida para la ocasión o a tu madre le dará uno de sus ataques. Ya la conoces.

Venecia sonrió y, pensando en Fiorella, aseguró:

—Vendrá preciosa.

Ambos sonrieron. No les cabía la menor duda.

Y allí estaban padre e hija, llegando ya a la antigua iglesia de los santos Justo y Pastor, que ahora se llamaba oficialmente basílica pontificia de San Miguel, ubicada en el corazón del Madrid de los Austrias, lugar donde se casaron los suegros de Venecia y donde, por supuesto, ella debía casarse con Jesús.

Según se acercaban a la basílica y Venecia comenzó a ver a la gente vestida con elegancia para el evento bajo sus paraguas, sus nervios se acrecentaron, pero sonrió al divisar a sus compañeros de la revista. Estaban guapísimos.

Al verla sonreír, su padre la asió de la mano, se la besó con mimo y murmuró:

—Qué feliz estoy.

Venecia asintió. Sabía lo importante que era para él aquella boda, aquel momento, y murmuró sintiéndose mal:

—Me gusta verte sonreír, papá.

El coche se detuvo por fin. Pedro bajó, sacó la silla de ruedas de Fernando y, una vez que lo tuvo sentado en ella, tres mujeres se les acercaron y una de ellas comentó, entregándole su paraguas:

—Por favor, don Fernando Monastegui..., ¿se puede estar más guapo?

—Y elegante —afirmó otra de las mujeres.

Fernando sonrió. Frente a él tenía a las amigas de toda la vida de su hija, pero de las que no recordaba el nombre, y, mirándolas, indicó:

—Vosotras sí que estáis preciosas.

Dicho eso, Fernando y Pedro, su cuidador, comenzaron a hablar bajo el paraguas mientras las tres jóvenes se metían en el vehículo.

—¡Estás espectacular!

—Oh, Dios, Venecia, ¡el *gloss* que compramos te queda genial!

—afirmó Elisa.

—Flor..., ¡estás pibonazo..., pibonazo! —afirmó Silvia sonriendo.

—Oy..., oy..., oy... Qué bonicaaaaaaaa... —cuchicheó Rosa emocionada.

La novia sonrió y, entonces, al ver el gesto de aquélla, preguntó:

—¿Qué te pasa?

Tragando las emociones de su garganta con un puchero, Rosa murmuró:

—¡Que estoy emocionada! ¡Te casas y es todo tan bonito...! ¡Estás tan guapa...!

—Ea..., a llorar —se mofó Silvia.

Elisa le dio un codazo a Silvia. Rosa era, y estaba, muy sensible, y Venecia, tocando con mimo la barriguita de su amiga, musitó:

—No llores, tonta. ¿Estás hoy mejor?

Rosa suspiró; su último embarazo le estaba dando más guerra de lo normal.

—Sí. Espero que a nuestro amiguito o amiguita no le dé por portarse mal. ¿Y tu padre, está bien?

Todas miraron a don Fernando, que hablaba con su cuidador, y Venecia, omitiendo lo ocurrido, contestó:

—Sí. De momento, parece que sí.

Todas sonrieron con cariño y Venecia abrazó a Rosa.

Adoraba a aquellas tres amigas que hacía muchos años el destino había puesto en su vida y que se habían convertido en una prolongación de su familia.

Como mujer, lejos de ser perfecta, Venecia sabía cuál era su potencial. Era de tez clara, ojos oscuros y algo achinados, y pelo largo y negro como buena italiana. Pero su fuerte no era su físico. Su fuerte era

su sonrisa y su personalidad, que terminaban hechizando a quien ella se propusiera. Como decía su padre, ¡era arrolladora como Mariella!

Venecia no era muy alta y tampoco le hacía falta usar la talla 38 para ser feliz, a pesar de ser de cadera ancha, como decía su madre. Eso ahora la hacía sonreír. Y, aunque en el pasado aquellas caderas le habían ocasionado algún que otro disgusto en el colegio y posteriormente en la universidad, con el paso de los años aquella inseguridad se había esfumado y estaba feliz consigo misma. Había aprendido a aceptar su cuerpo tal como era y reivindicaba su talla con orgullo, y quienes no quisieran mirarla que no la mirasen. Sobraban en su vida.

—Estoy atacada —musitó a sus amigas.

Rosa sonrió; Venecia estaba preciosa con aquel vestido de novia, y, mirando a lo lejos, donde su marido bregaba con sus dos hijos de seis y ocho años, afirmó:

—Es normal..., ¡te vas a casar!

—¡Hagámonos un selfi! —propuso la novia sacando su móvil.

Foto por aquí, foto por allá... Y, cuando terminaron, estuvieron charlando del bonito vestido, del drapeado, de los pendientes que llevaba, de su pelo recogido en un moño italiano, hasta que Elisa comentó:

—Rosa, tus niños son unos demonios.

—¿Por qué dices eso?

Las cuatro amigas miraron hacia el lugar donde señalaba Elisa y, al ver al marido de Rosa con el novio de ésta discutiendo con los niños para que no corrieran bajo la lluvia, Silvia dijo:

—Y luego me preguntáis por qué no tengo pequeños demonios...

Las amigas sonrieron y Rosa, suspirando, murmuró encantada:

—Mi cariñito está guapísimo con su esmoquin, ¿verdad?

Todas asintieron, Pablo era un tipo muy atractivo y aquel esmoquin le sentaba muy bien.

—¿Y mi chico? —añadió Elisa—. ¿Cómo está Lorenzo con su esmoquin?

Las chicas miraron al tío con el que su amiga estaba desde hacía ocho años y que, se pusiera lo que se pusiese, lo llevaba siempre con un estilazo que dejaba a todo el mundo boquiabierto. Lorenzo era educado, elegante y, sobre todo, un tío muy agradable.

—Muy guapo también —afirmó Venecia.

—Por cierto —insistió Elisa emocionada—, cada vez que veo el tatuaje que se ha hecho sobre el corazón, con mi nombre en chino, ¡me emociono!

—¡Qué detallazo! Y que conste que a mí los tatuajes no me van —comentó Rosa encantada.

Las amigas de Venecia estaban enamoradas hasta las trancas de sus chicos. Formaban unas parejas muy bien avenidas y ella siempre había querido parecerseles en el futuro.

—Tu hermano sí que está guapo —cuchicheó Silvia, la más distinta de todas ellas—. Cuando lo he visto llegar en su moto..., ¡por favorrrrr!, casi tengo que ir a cambiarme de bragas.

—¡Silvia! —la regañó Rosa.

En el coche se oyó entonces el sonido de la recepción de varios wasaps. Silvia se sacó el móvil del bolsillo de su mono e iba a hablar cuando Elisa preguntó mirándola:

—¿Ése es tu teléfono o la *chorboagenda*?

Silvia soltó una risotada. La *chorboagenda* era su segundo teléfono, que utilizaba exclusivamente para sus ligues, y contestó:

—Estando con vosotras, el oficial lo he dejado en casa y sólo me he traído la *chorboagenda*. —Y, mirando los mensajes recibidos, exclamó—: ¡Madre mía..., qué cosas me dice Paul!

Elisa y Venecia rieron, y Silvia, sin importarle la cara de Rosa, comentó:

—No he visto a Fiorella; ¿no viene?

Venecia suspiró.

—Su vuelo iba con retraso por la lluvia, pero ya está aquí y viene de camino.

—¡Me muero por verla! Me hará la boda más amena —aseguró Silvia sonriendo.



—Qué bien me vinieron los vídeos que me recomendó de YouTube para ordenar los armarios —cuchicheó Elisa—. ¡La de espacio que tengo ahora! Lo que Fiorella no descubra ¡no lo descubre nadie!

—Y tanto... —afirmó Rosa.

De nuevo, todas sonrieron, y entonces Silvia, tras soltar un silbido, preguntó:

—¿Y ese chulito piscinas que parece que perdona la vida de todo el que se cruza con él quién es?

De nuevo dirigieron los ojos hacia el tipo que su amiga indicaba y Venecia musitó al reconocerlo:

—Es Jacobo, un amigo de Jesús que ha venido desde Murcia.

Silvia sonrió y, a continuación, murmuró con sorna:

—Jacobo de mi vida..., eres mi siguiente víctima.

—Por favor —gruñó Rosa al oírla—, ¡no empieces ya!

—Silvia..., estamos de boda —añadió Elisa.

Venecia sonrió. Silvia siempre la hacía sonreír con sus comentarios jocosos, y ésta, al ver que todas la miraban, afirmó:

—Tranquilas, flores. A vuestros mariditos ya sabéis que no los toco ni con un palo, pero a san Jacobo, esta noche me lo como.

—¡Serás capaz! —replicó Elisa.

—Y tan capaz..., ¡ya verás qué atracón me voy a dar! —se mofó ella.

—¡Por favor, Silvia! —cuchicheó Rosa.

Y, dicho eso, todas comenzaron de nuevo a hablar a la vez, hasta que Venecia, fijándose mejor en Rosa, exclamó:

—¡¿En serio?!

—Hombre..., ¡por fin!, no soy la única que se ha dado cuenta —murmuró Elisa.

—¿Qué pasa? —preguntó Silvia.

Rosa suspiró al tiempo que se tocaba los párpados.

—Vale —musitó—. Lo admito, me he puesto un poquito de colágeno. Pablo me lo recomendó y...

—¡Estás embarazada! —gruñó Venecia, rascándose con el índice tras la oreja.

—No pasa nadaaaa —musitó Rosa mirándola.

—Joder, con el *cariñito* —lo cortó Elisa—. Pero ¿es que vas a hacer siempre todo lo que tu marido te recomiende? Y si mañana te pide que te pongas tres orejas, ¿te las pondrás?

—¿Acaso lo dudas? —se mofó Silvia.

—A ver..., no empecemos, que os ponéis muy cansinas —replicó Rosa.

De todas era sabido que Pablo, el marido de Rosa, era un exigente y adinerado cirujano plástico de renombre. El típico guaperas que a sus cuarenta y cinco años se machacaba en el gimnasio, comía pollo con arroz y se cuidaba con más cremas que su mujer.

Rosa y Pablo se habían conocido en una convención organizada por la clínica de él en Madrid, a la que ella asistió acompañando a una amiga.

Rosa era una chica normal y humilde, de padre catalán y madre madrileña, que trabajaba como fisioterapeuta en un hospital público hasta que Pablo la conoció y quedó totalmente prendado de ella.

Al final, Rosa, enamorada de aquel médico tan adinerado, dejó su trabajo en la sanidad pública y comenzó a trabajar en la clínica privada del cirujano, que la quería cerca.

Un año después, dejó su empleo animada por Pablo.

¿Para qué trabajar si él ganaba suficiente para los dos?

Y Rosa, alentada por él, entró en quirófano para aumentar dos tallas de pecho y hacerse un pequeño arreglillo en la nariz. Al año siguiente se casaron y, tras tener a los dos niños, no dudó en hacerse una lipoescultura. Quería estar guapa, tan perfecta como su marido.

Estaban todas mirándola cuando ella, para desviar el tema, preguntó al ver que la novia se mordía las uñas:

—¿Y a ti qué te pasa?

Ese comentario hizo que todas se olvidaran de Rosa, y Venecia, mirándolas, iba a contestar cuando Silvia susurró al ver su gesto:

—Creo que nos vamos a cabrear.

—Oy..., oy..., no me des un disgusto —murmuró Rosa.

Venecia resopló.

Sus amigas la conocían demasiado bien; sin poder evitarlo, se tocó el móvil que llevaba en el bolsillo oculto de su vestido y señaló:

—Es... por... por Sofía.

—¡¿Sofía?! —dijeron las tres al mismo tiempo.

Sin más dilación, Venecia se sacó el teléfono, lo encendió y, tras buscar un mensaje, indicó mostrárselo:

—Leedlo.

En silencio, las tres miraron la pantalla y leyeron:

Sofía, eres la mujer que siempre soñé tener a mi lado. Me vuelvo loco cada vez que te beso y te hago el amor, pero he de casarme con Venecia, lo quiera yo o no, por el problema de su padre. Es importante para ella y no puedo fallarle.

Sin dar crédito, las chicas volvieron a leer el mensaje.

—*Mare de Déu!* —exclamó Rosa.

Elisa meneó la cabeza, todas sabían de la enfermedad de Fernando, y, mirando a Venecia, preguntó sorprendida:

—¿Que se casa contigo por el problema de tu padre?

—Al parecer, sí —afirmó la novia.

—¡Será cabrón! —gruñó Silvia.

—No digas palabrotas, Silvia. Eso no soluciona nada —protestó Rosa.

—A ese mierda le parto ahora mismo las piernas —insistió Silvia.

Y se disponía a bajar del coche cuando Venecia la detuvo.

—Como se te ocurra hacer una tontería, tú y yo la vamos a tener.

Silvia maldijo y siseó con gesto de enfado:

—Cuando la vamos a tener es como se te ocurra casarte con alguien que está *enconejado* de otra que no eres tú. ¿En serio, Venecia? ¡¿En serio?! —

La aludida resopló. Sabía que sus amigas tenían razón, pero,

cuando iba a responder, su padre, acompañado por su cuidador, abrió la puerta del coche y dijo:

—Chiquillas, ha dejado de llover y ha llegado el momento de... de comenzar... esto.

*Esto..., eso...,* cuando su padre utilizaba esas palabras significaba que no estaba bien al cien por cien; Venecia estaba observándolo cuando Silvia le preguntó:

—¿Quieres decir algo?

Ella la miró, pero no respondió, y Silvia insistió en un hilo de voz:

—Venecia, me cago en la leche..., ¡reacciona!

La novia se dio aire con la mano mientras sus amigas la observaban. Luego inspiró hondo y pidió:

—Ayudadme a salir del coche. ¡Ya!

Sin más dilación, las mujeres bajaron del vehículo mientras Elisa le preguntaba con disimulo:

—¿Qué piensas hacer?

—No lo sé —murmuró ella agobiada rascándose tras la oreja.

—Sabes que no me gusta emplear la fuerza bruta —cuchicheó Elisa—, pero si es necesario, la que le partirá las piernas a Jesús seré yo.

Venecia sonrió. Elisa era profesora de kárate en una academia y una defensora al cien por cien de los derechos de las mujeres.

—No digas tonterías —replicó.

—La tontería es que te cases. Piénsalo —insistió aquella.

Venecia no contestó, su padre podía oírlas, y, mientras se sujetaba con las manos su pomposa falda para que no se mojara, le dirigió un gesto a su amiga para que se callara.

El vestido de novia que llevaba era una auténtica maravilla, estaba preciosa, y Silvia musitó mirándola:

—Porque me pierden los tíos, si no, mi cena esta noche serías tú.

Al oír eso, Fernando la miró boquiabierto. Aquella mujer era una descarada. Entonces Elisa, para quitarle hierro al asunto, soltó una carcajada y exclamó:

—¡Pero qué guasona es nuestra Silvia!

—Y tontaaaaa —añadió Rosa, a la que le había dado uno de sus ataques de risa.

Venecia sonreía por las reacciones de aquellas dos cuando de pronto oyó el claxon de un coche. Al levantar la vista, su rostro se iluminó y, divertida, exclamó al ver bajar de él a una mujer:

—¡Tía Fiorellaaaaaaaaaaaaa!

Soltándose de la mano de su padre, la joven, rodeada de tul blanco, corrió a abrazarla. Aquella mujer la entendía como nadie.

—Qué bien que ya hayas llegado —murmuró mirándola—. Estaba preocupada por ti.

Fiorella besó encantada a la que era su niña y, separándola de ella, exclamó:

—*Mamma mia, sei bellissima!*

Venecia no sonrió y, colocándole el tocado exigido para la ceremonia por su madre, afirmó:

—Tú sí que estás preciosa.

Complacida, tras pagar al taxista para que le llevara la maleta al hotel, Fiorella comentó en español:

—Me he cambiado en el taxi... Espero no haberme puesto la falda del revés.

—¡Oh, Dios! —musitó Fernando divertido al oírla.

Fiorella se acercó entonces a él y, tras abrazarlo con afecto, indicó:

—Con las ganas y el empeño que puso tu madre en concebirte y loroso que te has vuelto.

—Ya llegó la pesada de Fiorella... —se mofó él.

Venecia y sus amigas soltaron una risotada al oírlos, mientras que el padre y la mujer sonreían y ésta preguntaba con cariño:

—¿Cómo está mi español favorito?

Consciente de por qué se lo preguntaba, Fernando sonrió.

—Feliz de ver a mi hija tan guapa el día de su... su...

—Boda —finalizó Venecia.

Fiorella asintió. Sabía que a él no le gustaba hablar de su enfermedad y, tocándole la barriga, añadió:

—Creo que Aurora te ceba en exceso. Pero ¿tú has visto qué tripa tienes?

Venecia sacudió la cabeza divertida y, antes de que aquéllos comenzaran a soltarse pullitas, indicó, mirando a sus amigas:

—Que Fiorella se siente con vosotras en la iglesia.

—Venecia... —musitó Silvia—, no puedes casarte. —Y, dando un codazo a Elisa, gruñó—: *Sensei*, ¡dile algo!

Su amiga llamaba de ese modo a Elisa porque era profesora de kárate.

—Te he dicho mil veces que no me llames así —replicó. Silvia sonrió y Elisa, mirando a Venecia, insistió—: ¿Y tú qué narices vas a hacer?

Al ver el gesto de sus amigas, ella suspiró y, sin querer extenderse, susurró:

—Dejadme pensar..., ¡estoy bloqueada!

—Pero, Venecia, que vas a entrar ya en la iglesia —cuchicheó Rosa, consciente de la cruda realidad—. ¿A qué esperas para desbloquearte?

—¡No me agobiéis vosotras también! ¡Joder!

Al oír eso, las tres amigas se miraron, y la novia insistió:

—Vamos, llevaos a Fiorella.

Ellas no se movieron.

Venecia tenía un buen problema, y cuando Elisa fue a hablar, Fiorella comentó:

—Por todos los santos, Rosa..., ¿otra vez embarazada?

La joven sonrió, y la mujer preguntó:

—¿De cuánto estás?

—De siete meses. Y espero que sea tímida, porque no se deja ver —afirmó aquélla, tocándose con mimo su prominente barriga.

Fiorella asintió y, tras intercambiar una mirada con Silvia, añadió:

—Con ésta y su marido, el mundo desde luego no se extingue.

Todas rieron a continuación; la italiana, que se había percatado de los cuchicheos de las chicas y de la expresión de su sobrina, la llamó:

—*Venecia, vieni qui.*

—Tía...

—Mírame a los ojos un segundo, cariño.

Venecia maldijo. Aquello, que su tía le hacía desde pequeña, era una encerrona, e intentando evitarlo musitó:

—Tía..., llevamos prisa.

—Venecia Mariella del Carmen Fiorella..., he dicho que me mires.

La enfermaba oír todos los nombres que sus abuelos paternos se habían empeñado en ponerle el día de su bautismo para diferenciarla de otros niños, y cuando fue a protestar, su tía declaró mirando a Fernando, que sonreía:

—Sigo enfadada porque mi nombre fuera el último, cuando es el más bonito y elegante de todos. Pero bueno..., mejor me callo.

—Fiorella, ¡por favor! —se mofó Fernando comenzando a sudar.

Ese comentario hizo sonreír a Venecia, que clavó la vista en su tía. Ambas se miraron directamente a los ojos. No hacía falta hablar. No hacía falta nada. Sólo había que mirarse a los ojos. Y cuando Fiorella así lo decidió, preguntó en italiano.

—*Cosa ti succede?*

A Venecia siempre le sorprendía la intuición de aquélla; como no respondió, insistió, esta vez en español:

—¿Qué te ocurre para que la felicidad no inunde tu mirada en un día tan especial como el de hoy?

Las amigas se miraron y Fernando, al que el sudor comenzaba a cubrirle la frente de ver a su mujer asomarse y hacerle gestos para que entraran, gruñó:

—Por el amor de Dios, ¡va a empezar a llover otra vez, debemos entrar ya!

Pero Fiorella no dejaba de mirar a su pequeña, y su pequeña a ella, y viendo que ésta no decía nada, la italiana abrió su bolso violeta, sacó de él una bolsita de color rojo y dijo enseñándosela:

—Iba a dártelo después de la ceremonia, pero algo me dice que es mejor que te lo dé ahora.

Cogiendo la bolsa que su tía le tendía, Venecia la abrió y, al ver su contenido, cerró los ojos y murmuró emocionada:

—No, tía..., esto no.

Fiorella asintió y, tras mirar a Fernando, que al reconocer aquello también se emocionó, afirmó:

—Sí, mi vida..., esto sí.

Venecia tenía en las manos la pulsera de plata que había pertenecido a su madre. Por ello, Fiorella, quitándosela de entre los dedos, se la colocó en la muñeca y, mirándola, dijo:

—Como sabes, esta pulsera era de tu *mamma*. Era su talismán, su fuerza. Tu padre me la regaló a mí hace muchos años, pero ha llegado el momento de que regrese junto a su verdadera dueña. Tú.

—Tía...

—Algo me dice que necesitas este talismán y su fuerza en estos momentos.

Emocionada, Venecia contempló la pulsera en su muñeca. Tener aquello de su madre era algo muy especial. Y, mirando a su tía, no supo qué decir, pero ella se le adelantó:

—No sé qué ocurre, pero la tristeza de tu mirada te delata. Sólo recuerda: ¡tú decides! Es tu vida. Nunca lo olvides.

—Lo sé, tía. Lo sé... —afirmó Venecia.

Sus miradas hablaban por sí solas. Se entendían sin pronunciar una palabra.

Entonces Fiorella, señalando el grabado de la pulsera, indicó:

—Léelo.

Sin necesidad de leer aquello que se sabía de memoria, Venecia dijo:

—«Un deseo no cambia nada, pero una decisión lo cambia todo.»

—Eso es, cariño —afirmó su tía—. Tú, y sólo tú, decides. No lo olvides.

Como siempre, las palabras de Fiorella y de su madre, por pocas que fueran, eran las acertadas. La ayudaban. Y, tras mirar a su padre, que estaba al borde del infarto, Venecia sonrió y pidió, dirigiéndose a sus amigas:

—Id con Fiorella al interior.



Rosa, Elisa y Silvia la miraron y, sin poder evitarlo, la última preguntó:

—Ay, no sé..., ¿estás segura?

Venecia asintió tomando aire y, sonriendo a aquéllas, a las que adoraba, afirmó:

—Segurísima.

Cuando las cuatro se alejaron, Pedro y un par de hombres más ayudaron a Fernando a subir la escalera. A continuación, una vez que volvió a sentarse en su silla de ruedas, miró a su hija y preguntó:

—¿Te ocurre algo, cariño?

Le ocurrían muchas cosas, demasiadas, y besando a su padre afirmó:

—Me voy a tatuar esa frase.

—Por el amor de Dios, Venecia, ¡pero ¿qué tontería dices?! No me gustan los tatuajes y menos en mujeres. Seguro que a Jesús tampoco le gustan. ¡Ni se te ocurra!

Ella sonrió y, sin apartar los ojos de aquel hombre, al que adoraba, preguntó:

—Papá, ¿me vas a querer siempre?

Sin dar crédito a lo que oía, Fernando dio un respingo y replicó:

—Por supuesto que sí, hija, pero ¿qué... qué tontería preguntas?

Venecia asintió y, al ver cómo él la miraba sin comprender, le dio un beso en la mejilla y afirmó segura de sí misma:

—Nunca olvides que te quiero, ¿vale? —Y, al saber lo que su padre pensaba, añadió—: Y cuando lo olvides, prometo recordártelo todos y cada uno de los días.

Tres minutos después, antes de entrar en la basílica, comenzó a sonar el famoso Coro nupcial de Wagner, y Fernando, mirando a su hija con orgullo, murmuró al tiempo que se levantaba de la silla para apoyarse en un bastón.

—Según tu madre, no podía faltar la pieza... la pieza...

De pronto, se le olvidó el título de la marcha nupcial y Venecia, al ver su gesto desorientado, añadió:

—*Aquí viene la novia*, papá. Así se llama.

Rápidamente, Fernando asintió.

—Ésa...

Ella miró entonces la pulsera de su muñeca y, agarrada del brazo de su padre, comenzó a entrar en la basílica.

¡La que se iba a liar!